

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA:

SU ARRAIGO COMO
PENSADOR DOMINICANO.

*"La lejanía, que empequeñece los
objetos, los abulta para el pensamiento*

Schopenhauer.

Por Iván Alfonseca

Se percibe un impensado escamoteo cuando, en referencia a lo nuestro, se valora la obra de Pedro Henríquez Ureña. En mi opinión uno de los escritores dominicanos que más ha resaltado el aspecto nacionalista de Henríquez Ureña, es Emilio Rodríguez Demorizi. Un libro suyo publicado en 1947, lo enfatiza así

En Pedro Henríquez Ureña es ostensible su interés por nuestras cosas: valores patrios, literatura, arte y problemática socio-política. Su hispanidad y americanismo están reconocidos ampliamente. En ellos laten ideas del pensador que por línea indirecta, tocan también cuestiones relativas a Santo Domingo. Henríquez Ureña como dice Flérida de Nolasco "es un hombre que ama a su patria y se siente ciudadano del mundo."

No hallo mejores palabras que las de José Alcántara Almánzar para sustantivar este trabajo: "Los estudios de Henríquez Ureña son obra de consulta obligatoria para todo

aquel que quiera hallar datos preciso e información abundante sobre nuestro pasado literario." En este orden se podría añadir, con significación, su validez cultural e histórica. Varios de sus ensayos, críticas y monografías subrayan esta temática que constituye buena parte de sus reflexiones.

Es de importancia, en "La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo," el registro hecho por Pedro Henríquez Ureña para mostrarnos la Española del siglo XVI. Este país, apunta: "Fue el primero que tuvo convento y escuelas (1502); el primero que tuvo sedes episcopales (1503); el primero que tuvo Real Audiencia (1511); el primero a que se concedió derecho a erigir universidades (1538 a 1540)." Fue aquí donde el historiador Oviedo sentó sus reales en la época de la conquista, y hacia 1510 se fija el resultado del debate de los dominicos, en favor del indio esclavo, transferido del Padre Las Casas a la formulación jurídico-ética de Francisco de Victoria.

En el Santo Domingo colonial se conocieron los escritores y poetas más antiguos de América. Entre ellos figuran: Francisco de Liendo, Cristóbal de Llerena, autor de un Entremés cuya representación ocasiona una serie de peripecias centradas en el público y la autoridad de la isla; F. Tostado de la Peña; Leonor de Ovando, considerada como la más vieja poetisa del Nuevo Mundo. Desfilan en este recuento Juan de Castellanos, Fray Gabriel Téllez (nombre de Tirso de Molina), que pasa a la Española en 1616. No sólo se vincula Tirso a la cultura dominicana por su "Burlador," escrito o madurado en esta isla, sino por su "Historia de la Merced" y sus versos en honor a nuestra venerada Virgen. En su relación histórica consigna el reverendo fraile y notable comediógrafo, el terremoto que asoló la Ciudad Primada en 1617.

Su enfoque acerca de los problemas de la Colonia a partir de la segunda mitad del siglo XVI, revela una inequívoca resonancia de preocupación social, política y económica. No vacila en anotar: "En el orden práctico la isla nunca gozó de riqueza, y desde 1550 quedó definitivamente arruinada; nunca se había llegado a establecer allí organización económica sólida, nunca se estableció después. Los hábitos señoriales iban en

contra del trabajo libre: desde los comienzos, el europeo aspiró a vivir, como señor, del trabajo servil de los indios y de los negros. Pero los indios se acabaron: los pocos miles que salvó la rebelión de Enriquillo (1519-1533) quedaron libres. Y bien pronto no hubo recursos para traer nuevos esclavos de Africa.”

Esta actitud de justicia se manifiesta en la trayectoria seguida por otros estudios. “Glorioso entre nuestros conventos -dice Pedro Henríquez Ureña- fue el Imperial de la Orden de Santo Domingo; y no sólo porque sirvió de asiento a la Universidad de Santo Tomás de Aquino. Sobre el pórtico de la iglesia que perteneció a este convento, se yerguen gigantescas las apostólicas figuras de Fray Pedro de Córdova, Fray Antonio de Montesinos y Fray Bernardo de Santo Domingo, que fueron los iniciadores de la formidable cruzada que en América emprende el espíritu de caridad para debelar la rapaz violencia de la voluntad de poder, una de las controversias del mundo moderno, cuya esencia es la libertad del hombre.”

Parece ocioso abundar en asuntos formalmente expuestos en los libros de nuestro humanista, o en los comentarios e interpretaciones relevantes que tratan sobre la vida y la obra de Henríquez Ureña. Si traigo a colación argumentos conexos a estas particularidades de la realidad dominicana, es para objetivar las condiciones de su ascenso dominicanismo. Al leer los escritos de Pedro Henríquez Ureña se descubre la raíz y desarrollo de la poesía y la narrativa nacionales, de la vibración creadora en la escultura de sus templos y construcciones milenarias, o de los exponentes expresivos de sus obras pictóricas.

La búsqueda de los elementos estéticos en la conformación del hombre americano, dentro de sus bases psíquicas y su contorno, les son obsesionantes. No olvida a José Joaquín Pérez, que canta la rubicundez del Mar Caribe y el patético hado de la raza aborigen arahuaca en “Fantasías indígenas.” “José Joaquín Pérez -escribe Henríquez Ureña- es entre nosotros la personificación del poeta lírico, el que expresa en ritmos su vida emotiva y nos da su historia personal, no sólo en gritos íntimos, sino recogiendo las infinitas sugerencias del mundo físico y de

los mundos idelaes para devolverlas con el sello de su propio vo, siempre activo y presente." Estos juicios constituyen aportes para el conocimiento de nuestra historia cultural y artística, contribuciones obvias de un dominicano amante de su patria y de su tierra.

Así acontece con su exégesis de Gastón Deligne respecto a su personalidad recalcitrante frente al movimiento de la escuela modernista. Deja al poeta sumido en su glorioso mundo de formas preferentemente apolonidas aunque no exentas de raíces dionisíacas. La afirmación de Henríquez Ureña en cuanto a Deligne es lapidaria: "El ingénito eticismo de Deligne imprime sello indeleble en los poemas; la mira constante hacia una finalidad pervade los procesos psicológicos, es el núcleo dinámico de ellos. No podría imaginárselo autor de poemas sin proceso ni término, estáticos, como los que el neo-helenismo francés, desde Chénier, ha cincelado con tanta gracia feliz ejecución: toda su labor implica esfuerzo de síntesis, empeño de iluminar las oscuras germinaciones, de concertar a los ya descubiertos temas fundamentales las modulaciones flotantes." Se percibe esta característica cardinal en la mayoría de las poesías contenidas en su obra "Galarippos." Realza también esta nota en su poema *Mairenf*, de ascendencia indigenista."

Todos estos conceptos los produce Henríquez Ureña con una visión de crítico ecuánime; están cimentados en una formación racional-idealista. La integración de la forma y del pensamiento, van cogidas siempre de la mano en Pedro Henríquez Ureña en íntima unidad. Siguen las corrientes de la vida, la literatura y el arte injertadas en el modelo de las orientaciones metafísicas fundado en Grecia por el genio de Parménides. Nunca se deja dominar por las presuposiciones. No sé si esté lejos de Hegel, pero Platón fundó su sistema filosófico en el discurrir dialéctico (de ahí la palabra Diálogo) y él era un poseso del creador de la teoría de los dos mundos, ascendiente a las ideas de Plotino y la mística española agustiniana.

A un autor no se le puede juzgar -asienta Pedro Henríquez Ureña- sólo atendiendo a sus virtudes. La crítica (del gr. Krinein)

implica ponderación de lo positivo y negativo. Ella se rige por razones epistemológicas. Lo demás es censura, parte negativa de la crítica. Surge ésta cuando se toma una posición unilateral, un criterio personalista o un punto de vista radical.

Pedro Henríquez Ureña fue por encima de todo antipositivista. Lejos estaba de su mente creer. Según Augusto Comte, es la negación de muchas consideraciones gnoseológicas. No le parece aceptable la reducción del conocimiento científico a la pura experiencia, o sustituir el concepto religioso por una idea progresista de la humanidad. Si entiende que el imperativo moral del hombre es dedicarse a los demás, no encuentra la razón por qué el individuo pueda ser una abstracción artificial. Esta inclinación no le impide Henríquez Ureña hacer estimaciones en terrenos antinómicos.

Cuando analiza la labor educativa realizada en Santo Domingo por Hostos, sorprende su valorización dentro de una filosofía insuflada de vivísimo pragmatismo, y alejada de un sentido de religiosidad cristiana. Sus razonamientos no lo arredran porque sabe que se entroncan a pareceres ontológicos. Por eso, al iniciar su trabajo titulado "La Sociología de Hostos," escribe: "Antes de pensador contemplativo, Eugenio María de Hostos fue un maestro y un apóstol de la acción, cuya vida inmaculada y asombrosamente fecunda es un ejemplo verdaderamente superhumano." Más adelante con mucho tacto pero con la finalidad de explayar su veraz criterio, ofrece las ideas bullentes en su pensamiento: "El mérito de este trabajo es tanto mayor, cuanto que en el momento en que Hostos escribió las primeras *Nociones*, la ciencia social distaba mucho de su actual estado de febril elaboración: había él estudiado las obras de Comte y de Spencer, y los comentarios de Littré y de Mill, como también los pensamientos de los precursores desde Aristóteles hasta Hegel; Pero debía conocer poco de los trabajos entonces recientes, de Scheffe y Lilienfel, Faullé y De Raberty, y aun nada habían escrito los otros contemporáneos fundadores de sistemas sociológicos."

En esta actitud humana ecuménica; en el estar dispuesto en sus decisiones, a oír el toque de campanas diferentes sin

intención de ser ecléctico o acomodaticia, se fragua en el duro batallar el intelecto de Henríquez Ureña. En esta línea se edifica su condición de maestro, inserta en la frase aristotélica de que en el término medio de toda actividad intelectual o del sentir humano consiste la virtud.

Américo Lugo, autor de una resonante tesis sobre Derecho, y cuyo pensamiento hace resaltar la idea deficitaria de cultura de nuestro pueblo, que a pesar de sus vínculos espirituales no la deja arribar a su pleno desarrollo político para llegar a ser una nación, alude a esta y otras cualidades de las señaladas. En carta que dirige al cubano Dr. José Ma. Chacón y Calvo, en 1946, fecha de la muerte de Pedro Henríquez Ureña, se expresa en estos términos: "Confieso que siento admiración por Pedro Nicolás. No me gustan las profesías, por más que sólo en las de esta clase sean tolerables las equivocaciones; pero dudo mucho que no le saque verdadero a quien de él afirmara que llegará a ser el primer hombre de letras de la República.

Como humanista y erudito, como filólogo y crítico, Pedro Henríquez Ureña no tenía par entre nosotros, y era uno de los valores más respetuosos y aplaudidos de toda América. Llegando a la cima del pensamiento crítico en hora oportuna como Petrarca, señaló, igual que éste en el trecento, cauces nuevos a las corrientes de la sensibilidad e inteligencia en Hispano-América, y en tal sentido, esta le debe unánime homenaje.

Pero lo que más aprecio en él -recalca Lugo- es su *dominicanidad*. Desterrado a causa del imperativo vocacional, es cierto (y por razón ineluctable); pero de los de su generación nadie amó más a su patria."

La personalidad de Lugo y la de Henríquez Ureña son para mí condiciones paralelas. Ambos aspiraban a la incrementación educativa popular como base de formulaciones conscientes para la obtención de una firme nacionalidad, y los dos fueron defensores de este nacionalismo frente a cualquier intervención foránea. En el trabajo de Pedro Henríquez Ureña: "Vida intelectual de Santo Domingo," considera a Lugo como "el primer prosador de la juventud antillana, estilista fino, intenso

en el sentir "docto y elegante -dice Rubén Darío-, perito en cosas y leyes de amor y galantería," y al mismo tiempo serio analista de cuestiones sociales."

Con equilibrio poco común en escritores carentes de una formación mental donde el pensamiento se desenvuelve mediante contrastes sucesivos como lo señala Whitehead, analiza Pedro Henríquez Ureña el "Enriquillo," de Galván. Una vez más aflora en el maestro esa disciplina en que los planos de la crítica se mantienen superpuestos pero variantes entre sí.

Entiende Henríquez Ureña que la presencia de lo español en Manuel de Js. Galván es lógica desde sus aspectos formales y de fondo del "Enriquillo," hasta sus propias bases ideológicas que son las dominantes en su autor. Hay sin embargo una cosa resaltante en el trasfondo de este engranaje novelístico. Es: la opción argumental de "la primera rebeldía consciente y organizada de América contra España y como fuente y autoridad al gran acusador de los conquistadores," esto es, al indio Enriquillo y al Padre Las Casas.

De aquí que para concertar estas incidencias Henríquez Ureña declare que "este vasto cuadro de los comienzos de la vida nueva en América conquistada es la imagen de la verdad, superior a los alegatos de los disputadores: el bien y el error, la oración y el grito, se unen para concertarse en armonía final donde españoles e indios arriban a la paz y se entregan a la fe y a la esperanza," no sin antes dejar de reconocer la calidad de Galván como escritor de tipo clásico con ribetes románticos y la caracterización de personajes tendientes al rasgo psicológico.

Le merece la poetisa Salomé Ureña, madre de nuestro humanista, ser representativa de la poesía patriótica centralizadora de los sentimientos de un pueblo que, en su raigambre social y política se manifiesta en permanente desunión. Por ello sus composiciones más fundamentales versan sobre la paz y el progreso. La "constancia de su prédica -apunta a este respecto Pedro Henríquez Ureña- le conquistó la admiración y el afecto de aquel pueblo que, vegetando en pobre vida patriarcal interrumpida por desastrosas guerras civiles, había luchado desesperadamente durante ochenta años por

en el sentir "docto y elegante -dice Rubén Darío-, perito en cosas y leyes de amor y galantería," y al mismo tiempo serio analista de cuestiones sociales."

Con equilibrio poco común en escritores carentes de una formación mental donde el pensamiento se desenvuelve mediante contrastes sucesivos como lo señala Whitehead, analiza Pedro Henríquez Ureña el "Enriquillo," de Galván. Una vez más aflora en el maestro esa disciplina en que los planos de la crítica se mantienen superpuestos pero variantes entre sí.

Entiende Henríquez Ureña que la presencia de lo español en Manuel de Js. Galván es lógica desde sus aspectos formales y de fondo del "Enriquillo," hasta sus propias bases ideológicas que son las dominantes en su autor. Hay sin embargo una cosa resaltante en el trasfondo de este engranaje novelístico. Es: la opción argumental de "la primera rebeldía consciente y organizada de América contra España y como fuente y autoridad al gran acusador de los conquistadores," esto es, al indio Enriquillo y al Padre Las Casas.

De aquí que para concertar estas incidencias Henríquez Ureña declare que "este vasto cuadro de los comienzos de la vida nueva en América conquistada es la imagen de la verdad, superior a los alegatos de los disputadores: el bien y el error, la oración y el grito, se unen para concertarse en armonía final donde españoles e indios arriban a la paz y se entregan a la fe y a la esperanza," no sin antes dejar de reconocer la calidad de Galván como escritor de tipo clásico con ribetes románticos y la caracterización de personajes tendientes al rasgo psicológico.

Le merece la poetisa Salomé Ureña, madre de nuestro humanista, ser representativa de la poesía patriótica centralizadora de los sentimientos de un pueblo que, en su raigambre social y política se manifiesta en permanente desunión. Por ello sus composiciones más fundamentales versan sobre la paz y el progreso. La "constancia de su prédica -apunta a este respecto Pedro Henríquez Ureña- le conquistó la admiración y el afecto de aquel pueblo que, vegetando en pobre vida patriarcal interrumpida por desastrosas guerras civiles, había luchado desesperadamente durante ochenta años por

conservar su carácter de pueblo de lengua castellana y civilización española, y aspiraba fortalecido por los recursos de su ilustre pasado colonial, a existir nuevamente como factor de cultura en América." Luego de una gran decepción y silencio ante este dramático panorama canta de nuevo en mi "Ofrenda a la Patria":

'Hce ya tanto tiempo' Silenciosa,
si indiferente no, Patria bendita,
yo he seguido la lucha fatigosa
con que llevas de bien tu ansia infinita...

Te miro en el comienzo del camino,
clavada siempre allí la inmóvil planta.

Habría de presuponerse la gran influencia ejercida por el trabajo de Pedro Henríquez Ureña, "La versificación irregular en la poesía castellana," en Domingo Moreno Jiménez, y hacia quien es incomprensible por qué el maestro no alude en ninguno de sus estudios, que Juan Isidro Jiménez Grullón, entre otros, echa también de menos. Esta obra de Pedro Henríquez Ureña se publicó en 1920; en su prólogo escrito por Ramón Menéndez Pidal se informa que se trata de una "vasta materia que comprende desde los orígenes medievales hasta la lírica de las zarzuelas y del género chico y hasta la revolución contemporánea iniciada por Rubén Darío."

Según Anderson Imbert: "En la historia literaria aparecen formando parte del primer grupo *modernista* Martí, Gutiérrez Nájera, Del Casal y Silva. La muerte de todos ellos antes de 1896 ha influido para que los historiadores redondearan ese grupo. Pero debemos resistir a la tentación de embellecer la historia con esquemas geométricos. Otros esquemas se han propuesto: por ejemplo, que ese grupo modernista tiene un meridiano en el tiempo (1882, fecha del *Ismaelillo* de Martí, o 1888, fecha del *Azul...* de Darío) y una latitud en el espacio (al norte del Ecuador vivieron el colombiano Silva, el mexicano Gutiérrez Nájera, los cubanos Martí y Del Casal, el nicaragüense

Darío). No es tan fácil delimitar a este *primer modernismo*. González Prada, Zorrilla de San Martín, Almafuerte, que contribuyeron a la renovación poética, cada quien a su modo, fueron mayores de edad a los considerados *modernistas*; y vivieron al sur del Ecuador. Si se los aparta habría que apartar a Silva y aún a Martí, que tampoco caben cómodamente en el *modernismo*. El mismo Gutiérrez Nájera es un pos-romántico a quien le falta brío combativo reformador para ser modernista. Al final, sólo del Casal es el único en ese grupo, que reflejaba con nitidez modelos del Parnaso y del Simbolismo.”

Lo cierto del caso es que el modernismo se madura a partir de 1896. Darío que prefiere temas y formas brillantes y musicales, introduce también innovaciones métricas que transforman la poesía en lengua castellana. Puede decirse que esta corriente literaria de principios del siglo XX, en franca plenitud con un segundo grupo, decae hacia 1910. Rubén muere en 1916 y en esta fecha ya se habla en la forma posterior de una literatura de pos-guerra, y en su característica anterior de pre-guerra. Los poetas modernistas hispanoamericanos, aparte de su preocupación esteticista, dirigieron su interés hacia otras fuentes. Hay poetas tendientes a una identificación con la vida de la naturaleza. Otros se tornan amantes de una especie de clasicismo griego. Muchos se muestran embargados por letal melancolía o angustia. Los hay humorísticos, especulativos, de alma devota y de emoción civil y política.

El movimiento postumista (capitalizado por Moreno Jimenes), asoma en sus alientos primarios hacia 1920. Trae en su espíritu transformador el verso irregular variante o amétrico, con ausencia de rima. En su inicio se inclina a cosas naturales, a lo criollo y popular. Se fusiona también con un sentido a estético en oposición a formas establecidas. Tal vez será algo desconocido o prematuro para el maestro juzgar esta escuela poética dominicana, en la cual halló, en principio, insuficiente sustrato en su material, cuya renovación la presidía un cierto localismo y expresiones ordinarias, en ese momento, de prosificación, metro, rítmicas y roturas de consonancias y

asonancias poéticas. Era dable empero, un estado de superación en las producciones advenidas al postumismo después que Domingo Moreno Jimenes y otros poetas alcanzaban derroteros, cónsona a la pasión de Henríquez Ureña para señalar las características de un arte hispanoamericano y genuinamente nuestro en su explicitación poética.

“Esta obra fundamental —declara el notable intérprete y compilador de la voluminosa producción de Henríquez Ureña publicada hasta ahora en diez tomos por la UNPHU, al referirse a la “versificación irregular en la poesía castellana— es de primordial importancia para escritores y, sobre todo para poetas.

No hemos producido aquí el texto de 1920 -reafirma Jacobo de Lara- pues don Pedro revisó y corrigió la obra a través de los años y hasta le cambió el título, llamándola *La poesía castellana de versos fluctuantes*. Así planeaba publicarla cuando le sorprendió la muerte.

En 1961, el Instituto de Filología Hispánica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, recogió este y otros trabajos de don Pedro y los publicó en un volumen con el título de *Estudios de versificación española* en la forma final y definitivo como los dejó él cuando murió.”

En su ensayo “El descontento y la promesa,” Henríquez Ureña se plantea la problemática del lenguaje como ingrediente de mayor poder en el impedimento de cambio de nuestra expresión literaria que en cualquier arte (pintura, música, arquitectura) los materiales con que se expresan permiten intentos de caminos más expeditos.

En literatura no pasa igual. Henríquez Ureña observa: “El poeta, el escritor se expresan en idioma recibido de España. Al hombre de Cataluña o de Galicia le basta escribir su lengua vernácula para realizar la ilusión de sentirse distinto al castellano. Para nosotros, esta ilusión es fruto vedado o inaccesible.” Sería un mito para realizar esto querer revivir una lengua indígena. Los sustratos de cultura, de expansionismo, de

perfeccionamiento no permiten de improviso tal cosa. Ha habido pueblos americanos con ricas canteras lingüísticas pero sus materiales no son suficientes para construir el edificio idóneo de una lengua.

Es trabajoso por tanto, por no decir difícil, el logro de una forma expresiva de perfiles netamente americanos en la cuestión literaria. "Cada idioma -notifica Henríquez Ureña- es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña en el color de su cristal. Nuestra expresión necesitará doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda" En una palabra: se requiere un lenguaje sincretizado en pleno proceso de transculturalización. No vamos a decir, con descuento ya del habla aborígen, sean imprescindibles las variantes proveídas por fauna y flora o el desentrañamiento de fórmulas al paisaje americano o a la revitalización de elementos exóticos.

España se da a la presencia del idioma en forma de arcoiris, en cuya variedad de matices ejerce hegemonía uno: el castellano. Su razón es compleja pero clara; obedece a una serie de acontecimientos históricos y a un conjunto de transformaciones lingüísticas. Son ellos: el espíritu batallador y expansionista del pueblo castellano tendiente a establecer nuevas modalidades hispánicas tanto socio-políticas como culturales, y la creación de su poesía épico-popular difundida por los rincones más apartados de España.

De nada valen la tradición y rebelión literarias, cuando una se enderece a ahogar a la otra, y viceversa. La expresión literaria americana ha de buscarse partiendo de estas peculiaridades dispersas a una forma homogénea de carácter puramente espiritual y creativo.

Pero Henríquez Ureña deposita el énfasis de su ardoroso pensamiento en el arribo a esta expresión americana, en estas frases: "El ansia de perfección es la única norma. Contentándonos con usar el ajeno hallazgo, del extranjero o del compatriota, nunca comunicaremos la revelación íntima; contentándonos con la tibia y confusa enunciación de nuestras intuiciones, las desvirtuaremos ante el oyente y le parecerán

cosa vulgar. Pero cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella, no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido.”

Con una diferencia que retrocede en el tiempo a veintitrés años, ya le venía inquietando a Henríquez Ureña este asunto de nuestra expresión. En carta dirigida a Federico García Godoy, con motivo de la publicación de su “Rufinito”, le dice: “Atinadas son sus observaciones sobre el problema de la formación de una literatura nacional. Nuestra literatura hispanoamericana no es sino una derivación de la española, aunque en los últimos tiempos ha logrado *refluir*, influir sobre aquélla con elementos nuevos, pero no precisamente americanos. Suele decirse que las nuevas condiciones de vida en América llegarán a crear literaturas nacionales; pero aún en los Estados Unidos, donde existe ya un arte regional, los escritores de mejor doctrina (y entre ellos Howells, del *Deán*, el ilustre jefe de aquella República literaria) afirman que la literatura norteamericana no es sino una *condición* (una modalidad, diríamos nosotros) de la literatura inglesa. Entre nosotros, por lo demás, no se han hecho suficientes esfuerzos en el sentido de dar carácter regional definidos a la vida intelectual ; ni era posible.”

En un cambio de apreciación, aunque sobre idéntica temática, más adelante consigna: “El *indigenismo* de los años 70 a 80 no fracasó precisamente por falta de técnica, pues a él se aplicaron casi siempre escritores de primera fila, sino por el escaso interés que despertó, porque la tradición indígena, con ser local, autóctona, no es nuestra verdadera tradición: aquí en México, por ejemplo, el pasado pre-colombino, no obstante su singular riqueza, nunca ha interesado gran cosa sino a los historiadores y arqueólogos: sólo ha inspirado una obra de verdadera importancia, la admirable *Rusticatio Mexicana*, del Padre Landívar, guatemalteco del siglo XVIII; y está escrita en latín. El criollismo de última hora sí lleva trazos de ir ganando

terreno poco a poco, sobre todo en Argentina; y tanto más, cuanto que no se trata de escuela artificial, sino de movimiento espontáneo, apoyado por el público.”

El fervor de Pedro Henríquez Ureña por las cosas relativas a su terruño se hace tangible en 1916. Se había producido la primera intervención norteamericana en el país. El maestro no vacila en dirigir su pluma combatiente ante este hecho. Su artículo periodístico “El despojo de los pueblos débiles,” publicado en la Revista Universal de México, entre otros muchos, revela su verticalidad de profunda compenetración dominicanista.

El artículo en cuestión se inicia de este modo : “En medio del más extraño silencio de la prensa universal, se ha llevado a cabo, durante los últimos meses, la intervención de los Estados Unidos en la República Dominicana. La invasión raya punto menos en en conquista.

Se comprende el silencio de Europa, preocupada por sus problemas propios; pero no el silencio de la prensa latinoamericana en su mayor parte. Es verdad que el gobierno de los Estados Unidos, con singular maña y artería (en que no se ha omitido procedimiento como la retención de correspondencia privada), oculta al público los pormenores de lo que ocurre; pero un hecho, central, ostensible, no pudo ocultarse: el territorio de una nación independiente de la América española se halla ocupado, sin motivo suficiente de carácter internacional, por fuerzas de los Estados Unidos

La noticia de este hecho debió bastar para que la prensa de la América Latina se diera cuenta de la gravedad del caso. Más aún: no sólo la prensa; también, de los gobiernos de nuestra América debió partir la protesta.

¿Cómo se explica que la traída y llevada alianza del ABC se mostrara tan solícita con relación a México, y ahora con relación a Santo Domingo, tan indiferente? No parecen equivocarse, a la verdad, las sospechas, hijas de la *vox populi* de que la solicitud en favor de México nació de la esperanza de alcanzar brillo y lucimiento en asunto que atañe a uno de los más importantes países de la América española. En cambio,

salvar a la República Dominicana de la invasión *yanguí* no conlleva gran notoriedad ni aplausos ruidosos, aunque sí la aprobación de los hombres de bien. Luego, las relaciones comerciales, la necesidad de no maltratar el terreno propicio para la cosecha de empréstito...’ Triste revelación del espíritu egoísta que impera en la familia de los pueblos latinoamericanos.”...

Este rasgo de periodista de Henríquez Ureña ha sido poco divulgado. No obstante en él su pluma laboró en una intensa y variada producción. Sucede algo parecido con el cultivo de otros géneros. Su correspondencia (cartas de diversa índole) es uno de ellos. María del C. Prosdócimi se hace eco de esta particularidad en estos términos: “Si pensáramos trazar una semblanza de Pedro Henríquez Ureña, deberíamos acudir repetidamente a la correspondencia, no sólo en aspectos íntimos y familiares, sino en lo que atañe a ejemplos de sobriedad, erudición y conocimiento, a la marcha de sus investigaciones, al espíritu crítico incisivo, agudo sin concesiones ni malevolencia.”

También Josefina de la Cruz destaca su fase de cuentista en “Los cuentos de Nana Lupe” en la siguiente consideración: “Pedro Henríquez Ureña recoge unas narraciones que sorprenden a los que como yo, desconocíamos que este insigne dominicano dedicó parte de su obra a la gente que llaman *menuda*. A través de estos cuentos que fueron publicados sin firma en El Mundo, de México, de septiembre a noviembre de 1923, Pedro Henríquez Ureña se nos muestra más tierno y más humano, imaginativo, sensible y preocupado.”

De su vena de poeta clásico lo tenemos frente en el “Nacimiento de Dionisos” y en sus poesías juveniles, actividad literaria troncada por la de prosista.

Legó Pedro Henríquez Ureña a la República Dominicana el brillo de su nombre como filólogo, educador y humanista. Cualquier país se sentiría orgulloso de contar entre sus grandes hombres, a quien orientó en sus actividades intelectuales a Daniel Cossío Villegas, E. Anderson Imbert, Alfonso Reyes, y de haber sido compañero de Vasconcelos, Antonio Caso, Amado Alonso, Enrique José Varona, Fco. Romero.

Aludo a reclamos que se le hacen a Pedro Henríquez Ureña sobre su falta de análisis sobre determinados personajes en relación a nuestro medio literario y, además, en cuanto a su inclinación al tema hispánico en su actividad humanística.

Un escritor no tiene necesariamente que abarcar todos los aspectos que entran en juego en una materia. En ello va la formación de su intelecto, su espíritu de época y, por qué no, su comportamiento neutral cuando es producto de un juicio de existencia y de valor. Está muy extendida la opinión de que el historiador o crítico, en sus temas a tratar, proceda con la verdad absoluta, siempre por sí avanescente y cambiante. La concepción del mundo y de las cosas la presiden puntos de vistas disímiles; en tal forma puede concebirse de su radicalidad, por su observación e interpretación sólo se circunscribe a los estamentos en que el hombre se debate entre su psiquismo y su contorno.

Fuera de las obras o trabajos citados aquí de Pedro Henríquez Ureña, consigno algunos más, vinculados de modo directo, que si propiamente se caracterizan como un recuento de datos, no dejan por ello de entrañar gran interés. Por ejemplo, el titulado "La muerte de Máximo Gómez". En este se mencionan, entre otros dominicanos el periodista Lorenzo Despradel. Los trabajos dedicados a las educadoras Virginia Elena Ortea y Mercedes Mota. Correspondiente en sus "Horas de estudio, "La vida intelectual de Santo Domingo," donde se enjuician y valoran los nombres de Manuel Rodríguez Objío, "cuya mejor canción es un *Acto de fe religiosa* antes de ser fusilado," Manuel María Gautier, Mariano A. Cestero. General Gregorio Luperón, José Gabriel García, historiador fecundo"...Ulises Francisco Espaillat, patriota y penetrante escritor político; Fernando Arturo de Meriño, presidente de la República, arzobispo, educador, cumbre de la oratoria nacional; Francisco Xavier Billini; Manuel de J. Peña y Reynoso.

En una generación posterior nombra Henríquez Ureña en esta monografía, a José Castellanos; Félix Ma. Del Monte iniciador de nuestra poesía de tipo liberalista-nacional y autor de la letra del primer himno dominicano, musicalizado por el

coronel Juan Bautista Alfonseca, pionero de nuestro folklore; Javier Angulo Guridi; Casimiro N. de Moya; el médico Juan Francisco Alfonseca, "primer dominicano graduado en París desde la Independencia"; Federico Henríquez y Carvajal, literato, gran difundidor de cultura y de civismo; Apolinar Tejera; Emilio Prud'Homme, autor de la letra del himno dominicano; César Nicolás Pénson, "Erudito en cuestiones de lengua y literatura de España y América, tradicionalista y poeta a quien debemos rasgos extraordinarios como *La víspera del combate*"; Francisco Henríquez y Carvajal; José Lamarché, Enrique Henríquez, autor de la joya poética "La canción del avaro"

Personajes sobre la vida educacional, literaria y política (algunos de promoción más reciente) son también: Leopoldo Navarro; Félix E. Mejía; Francisco J. Peynado; Rafael Justino Castillo, agudo analista político, autor de la bella y filosófica página "Los Sembradores"; Rafael M. Moscoso, notable estudioso sobre la fauna y la flora de la isla; Miguel Angel Garrido, biógrafo brillante; Eugenio Deschamps; Aristides Fiallo Cabral; Leonor Feltz; Rafael Deligne; Arturo Pellerano Castro, ponderado por su composición *A Ti*; Fabio Fiallo, renombrado poeta y cuentista; José Ramón López, apreciado cultivador. En México publicó Pedro Henríquez Ureña su trabajo "Cultura Antigua" de diversos géneros, Julio M. Cestero, Manuel Arturo Machado, Aristides García Mella, Valentín Giro, Porfirio Herrera, Osvaldo Bazil prosista y poetas. "Cultura Colonial en Santo Domingo," abarca los personajes de significación intelectual que nacieron y vivieron en nuestro país durante la época colonial... En éste, aparte de los que en otros artículos se citaron, aparecen los nombres del poeta Eugenio Salazar, oriundo de España, Ramón Pane "autor de la primera exposición de la mitología de los indígenas"; los arzobispos Fuenmayor, Geraldini Ramírez Fuenleal; Gerónimo Alcócer y otros, dando, además, noticia de la fecha posible de la introducción de la imprenta en Santo Domingo, después del último cuarto del siglo XVI, hacia 1583, y considerándola la tercera establecida en América. Otro trabajo de los períodos

coloniales es "La Universidad," que constituye la tesis para obtener el título de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad de México en 1914, y donde ofrece el dato de haber sido la nuestra la primera fundada en tierra americana en 1538.

La "Literatura Dominicana," la publicó Henríquez Ureña en la *Revue Hispanique*, París (agosto 1917). En este estudio apunta el maestro la significación de Santo Domingo en la conquista y colonización de América. Al título de éste se adiciona: "La República Dominicana," en el cual consigna hechos de interés histórico en cuanto al origen de su división territorial; en lo tocante a sus intentos y luchas independentistas efectuados por José Núñez de Cáceres, Juan Pablo Duarte, Sánchez, Mella, Luperón...; sobre la estratificación de las estructuras republicanas y su desarrollo; acerca de las vicisitudes religiosas, políticas y sociales del país. Hace ver Pedro Henríquez Ureña como se muestran nuestras artes (estatuaria, arquitectura) en monumentos; la pintura en expositores como Desangles, García Obregón, Corpito Mendoza; y la música en Pablo Claudio y José Reyes, musicalizador del himno dominicano. En Antonio Sánchez Valverde, "prosador de valía" y autor de una obra de entraña nacional: "El valor de la isla Española.

En "La lengua de Santo Domingo," mantiene Henríquez Ureña varios puntos de vista respecto a la característica de nuestro lenguaje en sus bases étnicas. Deslinda los sectores lingüísticos en que se producen las culturas española y africana y la diferencia existentes entre el hombre de color haitiano y el dominicano. "En Santo Domingo aclara el hombre de raza africana está tan lejos de sus orígenes, que los habitantes de la capital le pintan generalmente, si procede de los campos, no pronunciando peor que el hombre de ciudad, sino empleando palabras arcáicas."

Arcáica en su organización social juzga Henríquez Ureña en "La antigua sociedad patriarcal de las Antillas" la vida de nuestro país en el acontecer de los siglos que van del XVI al XIX. "Sólo había -siguiere en pleno siglo XIX-, en esta ciudad,

una que otra industria pequeña. En el país la única industria de gran desarrollo era la azucarera; el resto de la producción provenía de una lánguida y atrasada agricultura tropical." Este indigente y lento desenvolverse desde el siglo XVI los canaliza Pedro Henríquez Ureña así: "Tres factores influían en esta inactividad: uno, el medio físico, demasiado pródigo, a la vez fatigante para el hombre que trabaja, porque el calor le estorba, no porque sea excesivo (las temperaturas no son en realidad tan altas como creen los extranjeros) sino porque es persistente; otro, las costumbres indígenas: el indio antillano, no espoleado por la dificultad en la satisfacción de sus necesidades, era inactivo, al contrario del indio diligente y hábil de las altiplanicies de clima templado, en México y el Perú; otro, en fin, las costumbres españolas que relegaban el trabajo productivo a manos de los *inferiores*." *Se refiere Henríquez Ureña a los esclavos negros y a esta situación desaparecida desde temprano.*

La vida de Pedro Henríquez Ureña, tal se puede inferir, estuvo consagrada, vigilante a incontados pormenores de su patria. Su ausencia de Santo Domingo no implica, como a veces se quiere entender, una impronta que opaca su nombre. Su falta entre nosotros fue de carácter. Plenamente lo justifican los datos biográficos en relación a su existencia. Esto tampoco reviste gran trascendencia, porque lo que importa es el testimonio de su obra.

Toca a los jóvenes generaciones hacer una reevaluación de estos conceptos no destacados suficientemente y exentos de la idoneidad que merecen. Es un reclamo ineludible. Y lo han hecho los dominicanos Pedro Troncoso Sánchez, Joaquín Balaguer, Andrés Avelino Máximo Coiscou Henríquez, Carlos Federico Pérez y otros.

BIBLIOGRAFIA:

"Pedro Henríquez Ureña" (Antología), Máx Henríquez Ureña
Librería Dominicana, Colección Pensamiento Dominicano,
Ciudad Trujillo, 1950.

"Pedro Henríquez Ureña: síntesis de su pensamiento," Flérida
de Nolasco, Editora El Caribe, CXA, Santo Domingo, 1966.

"Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña, Emilio Rodríguez
Demorizi, Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo,
volumen XLIX, Talleres Pol Hermanos, Ciudad Trujillo
1947.

"Ensayos," (Selección," prólogo de José Alcántara Almánzar,
"Pedro Henríquez Ureña," Editorial Taller, Santo Domingo,
1976.

"Pedro Henríquez Ureña: Realidad y Mito y otro Ensayo," J.I.
Jiménez Grullón, Editorial Librería Dominicana, Santo
Domingo, 1969.

"Poesías Juveniles," Colección de Emilio Rodríguez Demorizi,
Espiral, Colombia, 1949.

"Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra," Juan Jacoho de
Lara, Impresora UNPHU, Santo Domingo, 1976.

"Pedro Henríquez Ureña," Obras completas, Talleres Offset de
la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (8 tomos),
Santo Domingo 1976-1980, RECOPIACION Y PROLOGO
DE JUAN JACOBO DE LARA.

"La correspondencia de Pedro Henríquez Ureña posee un
caudal informativo extraordinario," María del C. Prosdocini,
Suplemento Sabatino "El Caribe," República Dominicana, 5
de Enero de 1980.

"Pedro Henríquez Ureña propone utopía en cuentos de Nana Lupe," *Josefina de la Cruz, Suplemento Sabatino, "El Caribe,"* República Dominicana, 8 de diciembre de 1979.

"Historia de la literatura hispanoamericana," E. Anderson Imbert, *Fondo de Cultura Económica, (tomos I y II),* México, 1974.

"Introducción a la Filosofía, Jean Wahl, *Fondo de Cultura Económica, México, 1975.*

"Historia de la filosofía," Antonio Aróstegui, *Editorial Marsiega, Madrid, 1975.*